



Saluda del Consiliario



¿Qué esperamos cuando llega la Semana Santa, qué frutos queremos obtener? ¿Unos días de descanso? ¿Una cierta vivencia de religiosidad? ¿Ver las procesiones? ¿Renovar y celebrar que somos cristianos?

Según la opción que hagamos, así serán los frutos. Si procuramos “vivir” la Semana Santa en su sentido profundo, el último fruto que nos otorga, tras el Amor hecho servicio, y la Fe bien fundamentada, es la ESPERANZA. Esperanza en que Cristo vive en cada uno de nosotros. Por eso, con razón, decimos que la fe, la esperanza y el amor son las tres virtudes por excelencia de todo cristiano. El desarrollo de cada una de ellas en nosotros es en lo que consiste SER creyente.

Nosotros somos hoy testigos de la Resurrección, por eso la celebramos, no como un recuerdo, sino como algo actual, que está ocurriendo “hoy”. Pero seremos testigos convincentes en la medida en que, como a los primeros discípulos, se nos note una profunda transformación en nuestro modo de afrontar el día a día. Una transformación que sólo podrá producirse a partir de la experiencia de encuentro con el Resucitado. Un encuentro que es algo totalmente personal, que cada uno tiene que descubrir.

Podemos empezar a pensar con qué “sepulcros vacíos”

nos hemos encontrado; qué situaciones aparentemente de desesperación han quedado “vacías” sin causa aparente, qué otras experiencias hemos tenido que apuntan hacia la verdad de que Jesús ha resucitado... y como los discípulos, nos encontraremos con Él, y no podremos menos que anunciarlo de palabra y de obra, con un estilo de vida marcado por la ESPERANZA, una ESPERANZA que se apoya en los sólidos fundamentos de la experiencia personal.

Son muchas las personas que, como experimentábamos en el terremoto de Haití a mediados de Enero, sufren con crudeza la cruz, de múltiples maneras. Son muchas las personas que necesitan una ESPERANZA fundamentada en que Dios no les ha abandonado. Son muchas las personas que esperan que tú y yo hagamos real la resurrección de Jesús en esos pobres... esa es la medida de nuestra fe: vivir el testimonio de la caridad con la esperanza de una “resurrección” para los pobres de esta tierra, en la que Jesús quiso nacer y morir por amor a todos sin excepción. Con razón decimos que la esperanza es la fe y el amor que peregrinan.

¿Quién no pasa por temporadas malas? ¿Quién camina sin horas oscuras? A todos nos llegan momentos en los que los problemas se agolpan. Unas veces es en forma de conflictos que nos llenan de preocupación. Otras veces nos golpean fracasos inesperados. Hay ocasiones en que nos falla la gente, hasta sin quererlo, sin poder evitarlo, tal vez sin saberlo... Y entonces nos invade la inquietud, nos martillean las sienes con la preocupación, las preguntas, las dudas y el sin sentido... ¿por qué ocurren estas cosas? ¿Qué querrá Dios decirnos en estas situaciones?

Aprender a ser fuertes en esos momentos no es hacernos impermeables o insensibles. No es revestirnos de una capa de dureza que nos haga inmunes a las tormentas. No es compensar los problemas con otras satisfacciones, ni negar que existan, pues muchas veces son dolorosamente reales. Ser fuertes es ser capaces de caminar, aun heridos; de creer, aun agitados; de amar, aun vacíos

Que la Cuaresma y la celebración de la Semana Santa renueven en profundidad nuestra vida entera, aprovechemos los frutos del AMOR, de la FE y de la ESPERANZA que estos días Dios nos concede, para que como los primeros discípulos nos convirtamos en testigos de la Buena Noticia que nadie hubiera esperado pero que todos necesitamos: que JESÚS, el Hijo de Dios hecho hombre, el crucificado, VERDADERAMENTE HA RESUCITADO. Está vivo y es el sentido de nuestra vida.

Eulalio Asensio López
Consiliario de la Junta de Semana Santa

